



III

Entre los que acuden a disfrutar del encanto bulvardino, los hay tan asiduos, constantes, reglamentarios y puntuales como una beata a la primera misa, un militar a un acto ordenancista del servicio o un empleado que sabe que le cuesta una multa si se retrasa un minuto de la hora oficial de entrada en la oficina.

Estos *dilletanti* de la oxigenación acaban por considerarse dueños del paseo por derecho de ocupación permanente y se hace necesario que el Observatorio enarbole sus acongojadores cacharros anunciando un ciclón devastador, vientos huracanados de todos los cuadrantes, avances torrenciales por el Pacífico, el Mar de la China... ¡la fin del mundo, vamos! para que dejen de asomar por allí sus narices a empapar su pituitaria, ora con las salobres emanaciones marinas, ora con las fétidas de petróleo crudo, procedentes de los motores surtos en bahía, cuando sopla Eolo de su lado.

Por la parte que da a la playa van unos y por la de las casas, otros; estos y aquellos en calidad, pudiera decirse de ahogados, como los hay en el teatro a distintas localidades. Entre los primeros, antes que ellos faltaría de rugir la sirena de la Fábrica de Hielo en sus horas reglamentarias y aún el mismo Sol dejaría de salir y ponerse cuando se lo manda el Almanaque Astronómico. Son astros que recorren periódicamente su órbita sin separarse de ella por

nada ni por nadie y los hay que, por su exactitud, no falta quien les tome con más confianza que a un reloj de Losada.

Ese señor bajito y calvo—se ve que está desprovisto de la vegetación capilar, porque es de lo que siguen la corriente moda de suprimir el sombrero—que acompañado de su esposa va de punta a punta tantas veces, ni una más ni una menos de las que higiénicamente se ha impuesto, dice Leopoldo Khan que en su establecimiento no hay un cronómetro tan seguro en su fiereza de hora, minutos y segundos y habrá que creerle porque no cabe duda de que es autoridad en la materia.

Crúzase con esta rítmica pareja un inglés, también asiduo y también destocado, que con el bastón agarrado por su medianía y que le hace funcionar como émbolo, a paso, mas de kangurú que de persona, va y viene y torna y vuelve con tal prisa, que no parece sino que va a llegar tarde a una cita y cuando aprecia que está dentro del traje como el bañista cuando sale del agua, desaparece, sin duda para ir a colgarse a secar en algún tendadero que tenga para ello preparado en su domicilio.

Individuos de la distinguida Orden de la Camagónia, nostálgicos de los viajes en fragata por el Cabo—pocos, muy pocos quedan; cada vez menos—que viven más en las añoranzas del pasado que en el vertiginoso presente, tienen tam-

bién su representación dignísima entre los constantes paseadores. Cuando sus alifafes no se lo impiden, van por las tardes algunos a esparcir la vista a lo lejos, pestañeando al unísono con el faro del borroso Correjidor, por delante del cual pasaron cuando vinieron, sin que se les ocurra volver a pasar, porque ya han echado aquí el ancla y con ella raíces profundas de sangre y afectos, que les compensan las desaparecidas de la otra banda, por razón de tiempo y distancia.

A nuestro encuentro viene uno: lleva liviano sombrero tayabeño, con el ala inclinada hacia la frente, para evitar que le hieran en los cansados ojos los postreros y horizontales rayos so-

tra los pies en cansino caminar y como característica distinción de su figura hay que anotar que lleva barba, exotismo incomprensible en esta época de semblantes rasurados, en los que solo se permite alguno el adorno del esparteril bigote de moco, sacado de su tumba en nuestros días por el popular clown Chaplin.

Este curioso ejemplar de toda una rancia época, ya neblinosa por el correr de los días, aparece a las 5 p. m., como se dice ahora, recorre un trayecto corto, en el que hace paraditas, se descubre la canosa cabeza, límpiase las gotas del sudor que le humedece la frente, a veces se le reúne un coevo o dos de parecida traza, des-



Por la parte que da a la playa van unos...

lares: gafas ahumadas, traje blanco de rigor, abrochado hasta el cuello, sin camisa, también de rigor, pero aun descamiado y todo, acusando más respeto a la urbanidad que esos otros que tienen a gala ir con camisa, sí, pero en mangas de ella y el peludo pecho al aire.

Con los brazos a la espalda y pendiente de ambas manos, deja arrastrar un nudoso y patinado palasan, cuyo desgastado regatón rasguea en la arena un culebreante surco, en cuya temblorosa marca de trazos escribaniles de otras edades, parece decir: «Por aquí ha pasado un contemporáneo de aquellos que encendían sus cigarros con pepete y se alumbraban con *tinjoy*». Arras-

cansa en un banco, y al caer las sombras de la noche dirigese al tranquilo hogar, donde le aguardan las acariciadoras pantuflas de paja de arroz, el holgado traje chino, la cómoda meridiana y reclinado en ella gratamente, espera la *tinola*, pensando en que el día transcurrido le coje vivo y al siguiente, ¡Dios dirá!

Con su evaporación coincide el surgimiento de un raro ejemplar que viene por la calle del P. Faura. Mas que ser material es una visión escapada de un óleo de Zuloaga. Una mujer que ha traspuesto ya la madurez, con vestimenta que huele a agro más que a ciudad; cobijados sus aborascados cabellos bajo una boina negra como

su sayo, inclinada hacia la ceja izquierda, no parece criatura humana; mejor se diría que es un simbolismo evocador de Legaspi y Urdaneta, vascos memorables, que al venir a Filipinas, no presumieron seguramente que la Posteridad habría de consagrarles un sitio tan distraído como las cercanías del «Manila Hotel», a cuyos mundanos atractivos resisten bravamente sus naturalidades de bronce.

Dos o tres parejas de frailes que marchan aprisa, temiendo llegar a sus conventos cuando ya estén las puertas cerradas; algunos estudiantes del Seminario de San José, serios, los ensotnados, alegres los menores, con voces que remembran el repicoteo de los desaparecidos pájaros-martines, tan beneficiosos para los campos en la limpia de insectos, útiles aves que trajeron los españoles y que se marcharon con ellos en su exilio, abandonando su antigua y arbórea morada de los talisais del Cuartel de la Luneta, cuyas ramas cuajaban al obscurecer y cuyos ruidosos pitidos ensordecían aquellos lugares.

Grave, lento, pausado, cayada al brazo, atildado en el vestir, la cabeza ligeramente incli-

nada a la derecha, absorbo en sus ideas y, por si se cansa, seguido a corta distancia por su auto, al pasar cerca de mí y adivinando sin duda, por relación telepática lo que me bulle en el cerebro, mirame interrogante con sus ojos de joven, aunque él ya no lo sea, pero que prueba con sus arrostos que podrá ser antiguo, que no es lo mismo que viejo. Su mirada me parece entender que me pregunta;

—¿Y me vas a dejar en el tintero, cuando soy en realidad la expresión viva de los enamorados de estos lugares, en donde me enorgullezco de hacer patentes mis energías y resistencia, para envidia de mozos andarines que no me llegan a la suela del zapato?—

Tiene razón y le incluyo y aunque pudieran ir más y apuntados de esta parte, los dejo por ahora, para trasladarme al otro lado, esquivando los vehículos que van por una rama del camino y vienen por otra, aprovechando, cuidadoso, la faja divisoria destinada a refugio y salvamento de peatones.

GIL. A. MON.

Pasay, septiembre de 1930.

Para practicar aquel famoso tratamiento casero para el embellecimiento

ES ESENCIAL

EL AGUA TEMPLADA

CON UN MODERNO

CALENTADOR PARA AGUA

puede disponer usted de suficiente cantidad de agua a la temperatura que que la necesite... instantáneamente y con toda seguridad... en su propia habitación.



Venga a nuestro establecimiento y examine los varios modelos que tenemos a su disposición, expuestos en nuestra Sala-Exhibición.

MANILA GAS CORPORATION

SALA-EXHIBICIÓN:—EDIFICIO ROXAS

TEL. 5-69-34